

El autor destaca también las cualidades pastorales de nuestro músico. Era buen predicador y dirigía con acierto tandas de Ejercicios. Su espíritu innovador se demostró en San Sebastián, en la dirección de la Congregación y fundación del colegio. Esta faceta de organizador aparece, sobre todo, en la segunda gran obra de su vida: la recreación del Conservatorio de Madrid, donde fue director y catedrático. Sus iniciativas de promoción musical por toda España desde los cargos oficiales, radio, revista, selección de profesores, etc. tuvieron gran importancia; aunque significaron un cambio de rumbo definitivo. Con las ocupaciones administrativas y burocráticas, desde 1939, «se concluye, casi definitivamente, la vida de compositor del padre Otaño» (p.217).

En el libro se analizan también los momentos difíciles y discutibles de la vida de Otaño. A parte de otras dificultades secundarias, hay dos momentos dolorosos, que de alguna manera frenaron la trayectoria del compositor: el cese, en 1919, de su estancia en Comillas, y el cambio, en 1922, de su primer destino en Madrid. Los superiores de la Compañía fueron los responsables de estos cambios de rumbo, que el músico aceptó con espíritu religioso, aunque no sin dolor. En Comillas no querían que el seminario se convirtiera en un conservatorio; y se pensó que el protagonismo de Otaño y la prevalencia de la *Schola* debían dejar más espacio a otras enseñanzas eclesiológicas. La orden de abandonar Madrid se debió, exclusivamente, al P. General Ledochowski, que, contrariando los deseos del Provincial Leza y de los padres Ayala, Torres y otros jesuitas de Madrid, juzgó que las actividades y éxitos del P. Otaño eran peligrosos para él y para la Compañía. El autor procura explicar esa medida desde los criterios de la época; sin embargo considera que la actitud del General fue incomprensible e injustificable (p.149). Una vez más Otaño demostró entonces la firmeza de su fe, aunque no disimulaba su dolor en una carta a Larrañaga: «Ni siquiera me ha perturbado el ver deshecha por decreto toda mi obra; deshechos, y por el suelo, revista, casa editorial y cuantos intereses creados hay en quince años» (p.153). Incluso se ofreció entonces para ir a misiones, pues por encima de todo se sentía identificado con la Iglesia, el sacerdocio y la Compañía.—M. REVUELTA GONZÁLEZ.

ADORNATO, GISELDA, *Pablo VI. El coraje de la modernidad* (Madrid, San Pablo, 2010), 438p., ISBN 978-84-285-3536-6.

No abundan en nuestro país los estudios biográficos sobre Pablo VI, cuando han transcurrido más de tres décadas desde su fallecimiento y casi cinco desde su elevación al solio pontificio. A pesar de encarnar toda una época de la Iglesia Católica (en particular el Posconcilio y todos los problemas que se derivaron de la puesta en marcha de éste), su figura sigue sin suscitar excesivo interés entre los especialistas en el tema. No ha sido este el caso de Giselda Adornato, a quien podemos considerar una de las grandes especialistas en el Papa Montini, como pone de manifiesto no sólo esta sucinta biografía, sino también la publicación, en 2002, de la monumental *Cronología dell'episcopato di Giovanni Battista Montini*, así como su participación en la publicación de los cuatro tomos donde se contienen los escritos y discursos varios de quien fuera conocido como Pablo VI.

Como decimos, se trata de una sucinta biografía. No puede serlo de otra manera cuando esta abarca poco más de cuatrocientas páginas, pero ello no supone, en cualquier caso, la consideración de esta obra como una breve biografía: antes al contrario, entra lo suficientemente en profundidad como para dejar caer una importante cantidad de ideas y opiniones que permiten ver este libro como un punto de referencia. Porque, entre otras cosas, no se trata sólo de una historia del pontificado de Pablo VI, sino, sobre todo, la biografía desde sus primeros años de vida, hasta el momento de su fallecimiento, de alguien que llegó a sucesor de San Pedro.

La presentación ha corrido a cargo de uno de sus sucesores al frente de la archidiócesis de Milán, de hecho se trata del actual titular de la sede (Dionigi Tettamanzi). Para éste, si hay algo que le impresiona de la figura del Papa Montini es lo que él denomina *extraordinaria tensión misionera*, una tensión que lo inundó todo a su alrededor, y más aún cuando fue elegido Sumo Pontífice. Tettamanzi sabe bien de lo que habla, pues no en vano fue ordenado sacerdote por el entonces Arzobispo de Milán Giovanni Battista Enrico Maria Montini. Y, según Tettamanzi, esa *extraordinaria tensión misionera* nació del *corazón mismo de Montini, que coincide con el corazón de la Iglesia*. En ese sentido, el actual Cardenal-Arzobispo de Milán recuerda que en el magisterio de Pablo VI la palabra *corazón* se repite en innumerables ocasiones, y no en un sentido cualquiera, sino en tres visiones concretas: la *cordialidad*, el *coraje*, y la *condolencia* (todos ellos derivados de la palabra «cor», es decir, «corazón» en latín). Sólo desde esa manera de sentir la vida podría el Papa Montini, según Monseñor Tettamanzi, marcar con un sello muy personal su pontificado.

A continuación la autora nos da a conocer una interesante Nota Metodológica. Dicha Nota explica que, para la elaboración de esta biografía, no ha podido contar con todo el material existente sobre el tema, pues, en lo que se refiere a la documentación de archivo, la única con la que ha podido trabajar es el archivo personal de la secretaria de Montini cuando éste era Arzobispo de Milán, pero no después (recordemos que el pontificado de Pío XII, y no en su totalidad, ha sido el último en abrirse). A ello ha añadido otra documentación de gran valor, como puede ser la correspondencia epistolar del pontífice con su familia y amigos, así como toda la documentación (por ejemplo, innumerables artículos tanto científicos como periódicos) que ha ido recogiendo el Instituto Paolo VI de Brescia, localidad natal de Montini (aunque, en realidad, vino al mundo en una localidad muy cercana a esta ciudad, Concesio).

La biografía del Papa Montini, a la luz de las páginas escritas por Adornato, representa no sólo toda una etapa de la Historia de la Iglesia Católica universal, sino muy especialmente de la Historia de la Iglesia italiana y, muy en particular, del mundo católico italiano. Porque la vida de Montini no puede separarse no sólo de un país que navegó entre el fascismo y el comunismo, sino de un lugar donde la Iglesia universal tiene su sede y donde la democraciacristiana ha sido uno de las corrientes ideológicas más destacadas desde el final de la Segunda Guerra Mundial. En ese sentido, Montini procedía de una familia fuertemente católica, pues su padre, Giorgio, era uno de los más destacados miembros del movimiento católico bresciano junto al ya Beato Giuseppe Tovini: es más, se trataba de uno de los cofundadores del *Partido Popular* italiano de Luigi Sturzo, formación política nacida al finalizar la Primera Guerra Mundial y cuya ideología tenía como punto central la doctrina social de la Iglesia.

Conocido es el escaso afecto que la España de Franco profesó por Pablo VI, a quien se consideraba *desviado hacia la izquierda*. No vamos a entrar en consideraciones sobre si esto tenía fundamento o no, pero sí podemos destacar que había una gran razón de fondo que el régimen franquista tenía para ello: la militancia antifascista de su hermano mayor, Lodovico, quien fundó las *Asociaciones Cristianas de Trabajadores Italianos* (ACLI). Su hermano pequeño, Francesco, era, por su parte, una persona muy implicada en las obras de caridad, pero no se le conocía una militancia política concreta. Tuviera la influencia que tuviera su hermano mayor (difícil determinar hasta qué punto la hubo), la autora firma que la fe libre, fuerte y leal de Giovanni Battista, así como su gran apego a la Iglesia y a la institución del pontífice, le fue transmitida por un gran círculo de parientes, amigos y educadores.

También resulta muy conocida la importantísima trayectoria eclesial que Montini tuvo desde prácticamente sus inicios, ya que muy pronto estuvo al servicio de la Secretaría de Estado. En relación con ella, y a la luz de los escritos del propio Montini, da la impresión de que en más de una ocasión el dedicarse a esta tarea constituyó una difícil empresa para quien acabaría siendo Papa, pues parece que lo que realmente hubiera deseado hacer era una sencilla labor de pastor combinada con tiempo dedicado al estudio. Lo cierto es que su vida hubo de transcurrir en medio de un gran torbellino no sólo eclesial, sino también político, pues no en vano fue ordenado sacerdote poco antes de que Benito Mussolini hiciera su célebre *Marcha sobre Roma* y con ello comenzara una dictadura de más de dos décadas que llevó a Italia al mayor de los desastres.

Adornato afirma, en ese sentido, que la convivencia de Montini con el fascismo resultó muy conflictiva. Aceptó los Pactos de Letrán porque ello permitía a los católicos italianos recuperar el derecho de participar activamente en la vida de la nación, pero, fuera de ello, consideró vital evitar cualquier tipo de pactos (particularmente de ideas) con el régimen fascista y, sobre todo, reforzar las «energías espirituales». Y es que ya en aquel momento Montini dio muestras de su extraordinaria inteligencia y observó que, cuando el Estado tendía a hacerse absoluto (como sucedía en el caso de los fascismos), entonces aparecían los temores al cristianismo, porque éste no aceptaba su idolatría y, antes al contrario, reforzaba su propia unicidad y su propia verdad.

La autora no oculta su admiración por la figura del Papa Montini, de quien afirma que ya durante sus primeros años en la Secretaría de Estado dio muestras de una «honrada pobreza personal». También fue durante aquellos años, y muy especialmente cuando comenzó la Segunda Guerra Mundial, cuando tuvieron lugar los ataques más duros contra Montini, de quien se sabía que tenía una posición radicalmente contraria al imperialismo puesto en práctica por Mussolini. Tampoco vamos a entrar en polémicas ya conocidas sobre Pío XII y su papel en la guerra (especialmente lo que se refiere al Holocausto judío), pero queda claro, a la luz de esta biografía, que Montini desarrolló una intensa actividad al frente de la Oficina de Información del Vaticano para la búsqueda de soldados o civiles prisioneros. En relación con la *Shoah*, Adornato afirma que Montini hizo observar en múltiples ocasiones (con gran riesgo para su persona) los derechos de la extraterritorialidad de la basílica de San Pablo, donde era sabido que se refugiaban los judíos perseguidos por los nazis.

También durante la Segunda Guerra Mundial Montini aprovechó para promover una democraciacristiana en Italia, en la convicción de que el cambio político en Ita-

lia, desde el totalitarismo a la democracia, debía tener a los cuadros católicos como uno de los grandes protagonistas. La autora recuerda, en ese sentido, que Montini tenía gran amistad personal desde hacía muchos años con hombres como De Gasperi (que era amigo de su padre), Gonella, Spataro, Andreotti o Fanfani, y que, al mismo tiempo, a través de su director espiritual (el Padre Caresana), pudo ir tomando contacto con hombres como Dossetti, Moro, La Pira, Lazzati o Veronese. Esa democraciacristiana acabaría siendo clave, junto con el socialismo italiano, en la construcción de la República de Italia, un sistema democrático que ha logrado perdurar hasta nuestros días aún siendo evidente el muy importante deterioro vivido en los últimos años.

Quizá uno de los elementos a los que mayor importancia concede Giselda Adornato sea al nombramiento de Pablo VI como Arzobispo de Milán. Para la autora este nombramiento fue inesperado, y pudo deberse a presiones externas (como la de la España de Franco, a la que no había gustado nada la postura de Montini en la negociación del Concordato de 1953) o a la idea de Pío XII de que, para que un día Montini pudiera ser pontífice, necesitaba pasar previamente por una experiencia pastoral de primer orden, y esa podía ser la archidiócesis italiana, la mayor del mundo con más de tres millones y medio de fieles y unos 2.500 sacerdotes entre religiosos y seculares. Lo cierto es que el 4 de enero de 1955 Monseñor Montini llegaba a su diócesis y dos días después, el 6 de enero (día de Reyes), toma posesión de la misma. Como destaca la autora, su experiencia en Milán, que se prolongaría en el tiempo por casi una década, fue de extraordinaria importancia para su visión como pontífice, ya que Milán constituía la *avanzadilla* de un mundo europeo cambiante y fue ahí, por tanto, donde pudo percibir mejor que nunca que algo nuevo se avecinaba y que la Iglesia debía estar preparada para ello: se trataba de la secularización. Lo relata la autora con sumo acierto: en los primeros años sesenta, la intensa secularización de todas las sociedades europeas seguida de diversos «milagros económicos» (el más importante el de la ya extinta República Federal de Alemania) en los diferentes países industrializados, la escolarización global, la difusión de los medios de comunicación y la mayor disponibilidad de tiempo y entretenimiento condujeron a una serie de notables cambios antropológicos en la vida persona, familiar y social, poniendo en cuestión valores y modelos preexistentes. Había comenzado la era de la inculturación de la fe.

En ese sentido, Milán era una de las zonas más prósperas y más ricas de Italia y, por ello, donde antes pudo llegar el Estado del bienestar y las riquezas materiales que conformaban y siguen conformando la sociedad de consumo. De ahí que preparara la archidiócesis para «presentar» la Religión Católica al «mundo moderno». En relación con ello, Adornato considera a Montini un hombre de gran sensibilidad social cuya manera de actuar le convirtió en el «arzobispo de los trabajadores». Una sensibilidad social que se acabaría plasmando en el Concilio Vaticano II, convocado en 1959 y cuyo comienzo tuvo lugar en octubre de 1962. Desde esa perspectiva, Giovanni Battista Montini, aún no siendo quien convocó tan magno acontecimiento eclesial, tendría un papel decisivo (probablemente no suficientemente reconocido) a la hora de convertir en realidad los grandes documentos del Concilio.

Si difícil fue el Concilio Vaticano II, mucho más duro sería el Posconcilio, una larga etapa donde se vivieron fenómenos no conocidos anteriormente, destacando, dentro de ellos, la «contestación» dentro de la Iglesia. «Contestación» que, como señala acertadamente Giselda Adornato, se centró en dos temas fundamentales: la verdad

y la autoridad. En ese sentido, la autora destaca que esto era algo que sucedía por primera vez no sólo dentro de la sociedad, sino también dentro de la propia Iglesia, y con el añadido de que en más de una ocasión fue encabezado por «eclesiásticos de alto nivel». Quien ya era conocido como Pablo VI afirma que lo que más le hizo sufrir no fue el hecho de que se «contestara» dentro de la Iglesia (pues consideraba que la diversidad de criterios y posturas lo que hacía era enriquecer el mensaje evangélico), sino las múltiples defecciones en el seno de la institución. En relación con ello, la autora recoge el testimonio de uno de los más directos colaboradores del Papa Montini (Monseñor Macchi), quien asegura que, cuando Pablo VI había de firmar los decretos de secularización enviados por la Congregación para la Doctrina de la Fe, le decía con gran pesar: «Esta es la cruz que más me pesa».

Ese es ciertamente el aspecto más negativo del pontificado de Pablo VI: la gran cantidad de abandonos que hubo dentro de la Iglesia, ya se tratara de sacerdotes ya ordenados o de futuros sacerdotes (es decir, seminaristas). El sucesor de su sucesor, Juan Pablo II, lograría parar esta sangría, pero la Iglesia no ha vuelto contar desde aquellos tiempos con las mismas cifras de efectivos sacerdotes, con el problema añadido de que los actuales van envejeciendo y por ello la extinción se hará inevitablemente más rápida.

Lo cierto es que durante aquellos años (la segunda mitad de los sesenta y la década entera de los setenta) se vive una auténtica crisis de identidad, crisis que la autora entronca con la concepción de una multiplicidad de formas en la fe y en la disciplina eclesiástica. Se vive un auténtico «terremoto» eclesial, una suerte de «tempestad» donde los principales problemas son la crisis de fe y la crisis de disciplina, el menor sentido de la ortodoxia doctrinal y la extendida desconfianza en la jerarquía (hecho que Pablo VI considerada como «una falsa y abusiva» interpretación del Concilio). El Papa Montini respondió a todo esto actuando, no como «centinela de la ortodoxia», sino como «promotor de la verdad», según el gran teólogo francés Yves Congar.

Son años ricos en el magisterio de la Iglesia, pues es también cuando se publica una encíclica tan importante como la *Humanae vital* (julio de 1968), pero, como decimos, de surgimiento de numerosos problemas. Dos destaca la autora: uno, el conflicto con la Iglesia Católica holandesa (que había pasado de ser riquísima en vocaciones a quedar prácticamente desierta en este terreno), y otro la actitud de Monseñor Lefebvre, cuyo comportamiento al margen de la Santa Sede obligó a este a cesarle como titular de su diócesis (la ciudad francesa de Tul, sufragánea de Poitiers). Son también los años en que ha de afrontar notables conflictos (como la ley civil de divorcio en Italia) y también de grandes esperanzas, como la que suscitó su apertura a los países comunistas (lo que se conoció como *Ostpolitik*). A pesar del paso de los años, Pablo VI siguió manteniendo una gran actividad, fruto de los cual fue la celebración en 1975 del llamado *Año Santo de la Reconciliación* y la publicación de la Exhortación Pastoral *Evangelii nuntiandi*. En el caso de Italia, hubo de luchar con gran intensidad por la vida humana cuando se puso sobre la mesa del debate político una posible ley del aborto. Desde esa perspectiva, Adornato considera que los últimos años del pontificado se caracterizan por la acentuación de la dimensión religiosa del Papa Montini, marcando un período que ha sido conocido como *místico-carismático*.

El último año de vida de Pablo VI estaría marcado por dos acontecimientos dolorosos: por un lado, el asesinato del político democristiano Aldo Moro (a cargo de las

Brigadas Rojas), y, por otro, la aprobación de la ley del aborto en Italia. Al respecto, la autora hace dos interesantes apreciaciones. Respecto a Aldo Moro, desmitifica la relación entre éste y Pablo VI, pues aun cuando pertenecía a la «familia» demócrata-cristiana, Moro no era ni de la generación del Papa Montini (era casi veinte años más joven) ni amigo personal del pontífice (lo que sí era, por ejemplo, Guido Gonella): no obstante, sí está de acuerdo en que la cruel muerte de éste afectó profundamente al Papa. Por otra parte, la ley del aborto constituye un doloroso episodio para el pontífice, no sólo por lo que supone en relación al sacrosanto derecho a la vida, sino porque además es apoyada por hasta cinco políticos democristianos (entre ellos, Giulio Andreotti) y porque lleva la firma de un Jefe de Estado procedente de esta corriente política (Giovanni Leone). Unos meses después, en agosto de 1978, se producía el fallecimiento de Pablo VI, y lo hacía en la convicción de que la Iglesia, a pesar de tantos problemas existentes, mostraba una gran vitalidad, y también en la tranquilidad de conciencia de que había dado su vida entera por ésta. De hecho, sus palabras exactas en el discurso por su decimoquinto aniversario como Papa fueron las siguientes: «La Iglesia (...) puedo decir que la he amado desde siempre y que me parece que no he vivido sino para ella».

La autora concluye esta biografía afirmando que, con el paso del tiempo, la reflexión histórico-documental, el conocimiento de los escritos y la criba periodística ha permitido que muchos hayan vuelto a creer en la figura de Giovanni Battista Montini-Pablo VI, rompiendo con esa imagen de hombre falto de carácter y de talento para el gobierno de la Iglesia. En ese sentido, y a falta de conocerse los documentos del pontificado, Giselda Adornato considera que lo que debe reconocerse, por encima de todo, es el esfuerzo de humilde coherencia entre lo que Pablo VI pedía a la Iglesia y los católicos, y lo que ciertamente siempre se exigió a sí mismo.

En definitiva, nos encontramos ante una excelente contribución sobre la vida de Pablo VI. Y lo es porque se trata de un libro lo suficientemente conciso para no acabar perdiéndose en multiplicidad de debates y, al mismo tiempo, lo suficientemente amplio como para entrar en múltiples aspectos de una vida eclesial, la de Giovanni Battista Montini, que fue tan rica como compleja.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

VELASCO, BALBINO, *San Juan de la Cruz. A las raíces del hombre y del carmelita* (Editorial de Espiritualidad-Edizioni Carmelitane, Madrid-Roma 2009), 380p., ISBN 978-84-7068-355-8 y 978-88-7288-108-8.

El libro que presentamos se ha beneficiado de la larga trayectoria de su autor, el P. Balbino Velasco, a quien se debe una de las obras más importantes de la historiografía carmelita, la *Historia del Carmelo español* en cuatro volúmenes (Roma 1990-2008), además del volumen IV de *Los carmelitas*, titulado *El Carmelo español (1260-1980)* (Madrid 1993). El autor ya se había acercado al tema de este libro en 1991, en una contribución con motivo del cuarto centenario de la muerte de San Juan de la Cruz: *De Fontiveros a Salamanca pasando por Medina del Campo*. El que ahora ve la luz está enriquecido por los estudios realizados desde entonces por el propio autor y